

el que nos mantiene no es el dinero ó el pan, que de ningun modo faltará á los que fueren verdaderos pobres, como Cristo los ama, sencillos, puros, vergonzosos, amables. Pidan y traten con las gentes modestamente y con bondad; que nada hay más hermoso que la vergüenza y la modestia, ni más eficaz para granjear el amor.

Como al contrario, ¿qué cosa más intolerable que un pobre soberbio? De él dijo el sabio hebreo: «Tres géneros de hombres aborreció mi alma, y me lastimo muchísimo de la alma de ellos: el pobre soberbio, el rico engañador, y el viejo fátuo é insensato.» A nadie aborrezcan, á ninguno envidien las cosas perecederas, ciñéndose y caminando apriesa para las inmortales; amen, y serán amados, sean semejantes á Cristo en la pobreza, é imitadores suyos en la caridad; los que puedan trabajar no estén ociosos, que esto lo prohíbe el discípulo de Cristo, Pablo; la ley de Dios sujetó al hombre al trabajo, y el salmista llama bienaventurado á aquel que come el pan adquirido con el trabajo de sus manos. Así como ahora nada le es más dulce que el ocio torpe y perezoso, así si se acostumbrasen á hacer algo, nada les sería más pesado y aborrecido que la ociosidad, nada más gustoso que el trabajo; y si no me creen á mí, pregunten á los que desde el ocio y la desidia se trasladaron á la aplicacion y á los quehaceres; pues al hombre acostumbrado al trabajo, ya por la fuerza de la costumbre, ya por la naturaleza de la condicion humana, le es una especie de muerte el ocio y la pereza; rueguen mucho y con ánimos piadosos á Dios por el bien de su alma y los que les ayudan en las necesidades de la vida, para que el Señor Jesucristo se digne galardónarlos con aquel *ciento por uno* de los eternos bienes.

No se contenten con haber dado gracias de palabra por los beneficios que recibieron, sino conserven un espíritu agradecido, esto es, que se acuerde del beneficio; no malgasten pródiga y torpemente lo que les han dado, ni lo guarden sucia y ruinmente, que no se lo han de llevar á la otra vida; gástenlo con prudencia en los usos necesarios, y una vez remediados, no quiten á otros pobres la limosna, ántes procúrenla si pueden, y áun ellos mismos den de lo sobrante de su mantenimiento cotidiano, imitando á aquella viejecita judía, que con toda su pobreza, ofreció al Señor dos dineros, esto es, todos sus haberes, y fué alabada por aquella sagrada boca de nuestro Salvador. ¡Felicísima mujer, que se olvidó de su pobreza, mirando sólo á Dios! por eso mereció tan grande panegirista de su devocion. ¡Dichosa limosna, que salió de las mismas necesidades de la pobreza! Por eso fué preferida, por testimonio de Cristo, á las dádivas grandes de los ricos. No parezca esto impracticable á los hombres cristianos, pues lo hicieron ciertos gentiles, ajenos de la santa piedad, los cuales desde su tienda, porque en ella habian vendido ya lo que bastaba para el mantenimiento del día, enviaron un comprador al vecino, que habia vendido poco ó nada. ¡Oh pecho durísimo de aquel cristiano, á quien no ablandan ni los ejemplos de los hombres que sirven al mundo, y no á Dios, ni tantos documentos de tan grande pena ó premio del divino Maestro, que no claman otra cosa más que el que desees y ha-

gas bien al prójimo en cuanto puedas! Pero volvamos á los pobres.

Eduquen y enseñen piadosa y santamente á sus hijos, para qué, ya que no les queden riquezas, les dejen virtud y sabiduría, herencia que debe anteponerse á todos los reinos; si practican lo que llevamos dicho, si así vivieren, sé ciertamente, y me atrevo á salir fiador, con peligro de mi cabeza y de mi vida, que si les faltare la comida entre los hombres, les ha de proveer Dios desde los cielos; el que esto no cree, verdaderamente que ni da crédito á las promesas de Cristo, ni entiende que su vida no se conserva de modo alguno, principalmente por la comida, sino por la voluntad de Dios.

Qué vicios impiden hacer bien á los que pueden hacerlo.

Hay, por el contrario, en nosotros otros vicios, que impiden mucho más nuestra beneficencia, y todos nacidos de nuestro inmoderado amor propio, cuya cierta y legítima hija es la soberbia y el deseo de exceder á unos, por el cual oprimimos á otros. De aquí proviene la envidia, siempre unida en sumo grado á la soberbia, con la cual queremos que nuestros bienes sean sólo propios nuestros, de tal suerte, que no sufrimos que alguno llegue á igualar nuestra altura y grandeza, aborreciendo, no sólo á los que ascienden, sino á aquellos por quienes logran los ascensos; tambien se causa en nuestros pechos una cierta frialdad cuando, favoreciendo á unos, tememos que otros se ofendan, y esto retrae igualmente á no pocos de defender á otros de las injurias, porque recelan que de aquí á ellos mismos se les han de seguir daños y enemistades: temen tambien algunos el dar con sus beneficios en un ingrato, escarmentados más de los ejemplos ajenos que de los propios, sin querer ellos experimentar á su costa si su benignidad tendrá por ventura un éxito más feliz; nos detiene asimismo para hacer bien cierto género de desidia corporal, nacida de la delicadez y del regalo, de tal suerte, que, mostrándonos por otra parte muy diligentes para la ganancia y el recreo, huimos de todo trabajo y solicitud, por más que hubiera de aprovechar al prójimo; caminamos mar y tierra por un pequeño logro, nos metemos en mil peligros por un ligero pasatiempo y deleite, pero por el bien de nuestro hermano, áun la menor diligencia, áun el mover la mano, nos parece gravemente insoportable.

Fuera de todo esto, prevalecen ya tanto los deleites, diversiones, lujo, ostentacion y gastos superfluos, que no les puede dar abasto la más crecida hacienda, y así no nos atrevemos á hacer bien á otros, no sea que á nosotros nos falte; esta fria pusilanimidad para hacer bien se origina igualmente de que no sólo hemos perdido las cosas buenas, sino áun los verdaderos nombres de ellas; hemos cedido de tal modo á los vicios, que con un tácito consentimiento atribuimos á ellos lo que es propio de las virtudes; ninguno cree que hace mal si los demas no juzgan que lo hace; la alabanza de la templanza, parsimonia, sobriedad y moderacion se han vuelto en vituperio; la prodigalidad y vana ostentacion se aprecian absurdamente como dignas de los nobles y ricos, en tanto grado, que llegan algunos

á gloriarse de que se embriagan muchas veces, como si el embriagado fuera hombre, y no bestia. Malgastar cuantiosas sumas de dinero en juegos, aduladores y bufones, en teatros y suntuosos convites, se tiene por una cosa llena de gloria y hermosura; pero la sencillez, el candor y la recta prudencia se reputan necedad, el nombre de prudencia se pasó al engaño y á la astucia, y el de ingenio á la malvada sátira; enseñar á otros se estima ya por bajeza y oficio de hombres viles, y esto áun respecto de los propios hijos, si no es para enseñarles las artes de la vanidad y la soberbia; hasta el orar y rogar á Dios se reputa por poco honesto y decente, porque no parezca que confesamos ser Dios mayor que nosotros, y que necesitamos en algo de su socorro. Todo esto nos han introducido unos siglos llenos de ignorancia, estolidez y barbarie.

A más, el dinero, que no fué al principio sino un medio para adquirir el sustento y vestido, pasó á ser instrumento universal del honor, dignidad, soberbia, ira, profusion, venganza, vida, muerte, imperio; en fin de todas las cosas que medimos por el dinero. Subido su precio á un grado tan alto, nadie hay que no juzgue que se han de hacer diligencias para adquirirlo y conservarlo por todos los medios y caminos posibles, con razon ó sin ella, justa ó injustamente, y sin distincion de profano ó sagrado, lícito ó ilícito; el que lo adquiere es tenido ya por sabio, señor, rey, hombre de grande y admirable consejo y talento; mas el pobre es reputado por necio, despreciable y apénas por hombre. Esta lamentable opinion, tan recibida de todos, estrecha á que se esclavicen á la fortuna áun aquellos hombres que están, por su genio, más ajenos del cuidado de ella, porque unos sirven á otros de ejemplo y aliciente para el mal; el padre, la madre, la ama ó aya, los hermanos, todos los que bien les quieren, nada desean más para ellos que el dinero; lo mismo sucede con el amigo respecto del amigo y con el pariente respecto del pariente, y á los enemigos no se les echa otra maldicion que el que se vean en pobreza.

Protestan algunos para esto honestas y graves causas, á su parecer: dicen que recogen el dinero para la vejez, que de su naturaleza es débil y flaca, necesitada por lo mismo de muchos socorros, para las enfermedades tambien, y para varios casos imprevistos que ocurren, y á más para los hijos, nietos y demas parientes por consanguinidad y afinidad. A ésta llaman providencia; siendo así que semejante solicitud es una imprudencia que no tiene fin ni límites, porque queremos cuidar nosotros de hacer inmortal nuestro linaje, y proveerle para siempre de lo necesario; llega á tanto la preocupacion, que suele decirse del que da algo más abundantemente á los pobres, que defrauda á sus herederos, y áun con palabras más denigrativas, que es un ladrón, que se lo hurta y rapiña; tampoco faltan leyes que favorezcan á la avaricia de los herederos y aten las manos bienhechoras, y así vino á hacerse comun aquel disparate en tono de sentencia: que al peor heredero se le debe todo, nada al mejor pobre. Este tan grande cuidado y veneracion del dinero ha puesto en tal estado las cosas, que más ama cada uno su hacienda que su vida y su alma, y si al-

guno da al pobre una moneda, piensa que le dió la sangre, no un poco de metal.

Llégase á esto que todos suelen morir conforme viven: el que pasó la vida en la ambicion, soberbia y codicia, se hace edificar una iglesia, ó capilla, ó sepulcro, segun son sus riquezas, adornado insigne-mente con plata, oro, mármol y marfil; de suerte que viva tambien en el muerto la avaricia, esparcidos por todas partes los escudos de armas, y ostentando soberbiamente lo noble de su linaje, y añadidas las armas ofensivas y defensivas, ó para conquistar al mismo cielo, si fuere necesario, ó para defender al cuerpo, si alguno intenta ultrajarlo, vengándolo de la injuria, y ántes de todo, para matar los gusanos que cometan el des-acato de querer comérselo; se ponen tambien en el sepulcro hechos bélicos y monumentos ó memorias de hazañas crueles, que es una recomendacion bien triste para el Juez de la paz; de los robos y despojos que se han hecho á los pobres, y de las riquezas mal adquiridas, ó inicua-mente guardadas, áun despues que ya no son nuestras, mandamos que se nos canten ciertos salmos, y que se nos digan misas, sin restituir lo ajeno; otros levantan alcázares, castillos, pirámides ó estatuas, en fin, todo aquello que no permita que falte memoria de nosotros, y cuando andamos agitados de estos pensamientos, y nos prometemos de su ejecucion la mayor gloria, y áun vivir despues de muertos, negamos un dinero al pobre, porque nada nos falte, para tantos gastos, ó por mejor decir, quitamos al pobre un maravedí, si lo tiene, y si se puede decir así, despojamos al desnudo. La causa principal, pues, para no hacer bien, es nuestra soberbia y amor propio, que cuanto arde con más fervor, tanto más apaga la caridad para con otros. Sobre esto dice nuestro Señor, en su Evangelio: «Porque crecerá con abundancia la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.» Éstas son las más verdaderas y más ciertas causas por que nos encogemos para hacer limosna; pero siguiendo la costumbre comun de todos los hombres, echamos á otros la culpa de nuestros defectos, y lo que nosotros repugnamos voluntariamente, pretextamos que si no lo hacemos, es por vicio ajeno.

Que ninguna cosa debe impedirnos para hacer bien.

Sin embargo, es cosa muy hermosa y excelente el ser bienhechor, y nada nos es más decente y conviene más que el ser en esto imitadores de nuestro padre Dios, á cuya benignidad no es capaz de agotar nuestra ingratitud, pues «llueve sobre los justos y los injustos, hace á su sol nacer para los buenos y los malos»; y más que, si bien se considera, casi todos los vicios de los pobres se nos deben atribuir á nosotros: nosotros los hacemos ingratos, socorriéndolos perezosa, fria y malignamente; no con ánimo puro, sino teniendo por fin otra cosa distinta del beneficio y de la gracia, afrentando con el mismo beneficio, con el recuerdo, el gesto y el fastidio; hay tambien muchos tan delicados, que por la ingratitud de uno solo, á ninguno quieren ya favorecer, y nadie ignora que no todos los hombres han de ser ingratos porque uno lo sea, pues no todos son de un mismo genio ni de unas mismas costumbres,

Antes de resolverte á no hacer bien por miedo de la ingratitud, haz tú por tí mismo la experiencia; oye á Séneca, que es un hombre gentil, enseñar á los cristianos lo que él debía aprender de ellos. Copiaré el lugar entero para que se avergüence cada uno de nosotros de no ordenar nuestra vida ni áun por los preceptos, un poco más sanos, de los mismos gentiles.

«No es razon, dice, que la muchedumbre de los ingratos nos haga más tardos para ser bienhechores; porque primeramente, como ya he dicho, nosotros somos los que aumentamos su falta de correspondencia; despues de esto, ni áun los dioses inmortales se retraen de socorrer una necesidad que tanto se extiende por todas partes, porque haya sacrilegos que los menosprecien; ellos usan de su natural, se portan como quien son, y ayudan á los mismos que abusan é interpretan mal sus dones; sigamos estas guías en cuanto lo permita la flaqueza humana; demos liberalmente el beneficio, no lo demos á usuras; digno es de quedar burlado quien al mismo tiempo que daba estuvo pensando en recibir; pero no fué de provecho, replican; se malogró lo que se dió; qué importa? Tambien los hijos y las mujeres nos han engañado muchas veces, y han salido malos y malas, y con todo, los educamos y nos casamos; en otras materias somos tan pertinaces contra las experiencias, que volvemos á las batallas despues de haber sido vencidos, y á los mares despues de haber naufragado; pues cuánto más constantes debemos ser en hacer beneficios, cuando si alguno no los hace porque no recibe, señal es de que no los hacia sino para recibir; este tal hace buena la causa de los ingratos, que, por otra parte, obran torpemente en no corresponder; ¿para cuántos nace el día, que son indignos de la luz! ¿Cuántos se quejan de haber nacido, y no obstante, la naturaleza saca á luz nuevas producciones, y deja que tengan sér áun los que quisieran más no haber sido! Es propio de un ánimo grande y bueno hacer bien sólo por hacerlo, no por el provecho que se le puede seguir, y buscar lo bueno áun entre los mismos malos; ¿qué tendria de grande favorecer á muchos, si ninguno engañase? La virtud está en hacer beneficios que de cierto no se han de corresponder; pero al mismo tiempo ya percibió su fruto luégo al punto el varon noble y magnánimo. Tan léjos está el que esto nos aparte y haga perezosos para ejecutar la accion hermosísima de ser bienhechores, que si me quitáran toda esperanza de hallar un hombre agradecido, más quisiera no recibir beneficios que no hacerlos, porque el que no da cae en un vicio que antecede al ingrato. Diré lo que siento: no peca más el que no corresponde al beneficio que el que no lo hace.» Hasta aquí Séneca.

Pero vaya que entre los gentiles hubiera este miedo de la ingratitud, que, sin embargo, intenta Séneca quitar, como oisteis, con tanta vehemencia, y esto en el mismo capítulo 1 de los libros que intituló de los *Beneficios*, como que era una piedra de tropiezo, puesta en el mismo umbral, que habia de molestar y dañar en los primeros pasos á los que entran; mas á nosotros, ¿qué miedo nos puede retraer de hacer limosna, cuando se nos ofrece el Señor por fiador del pobre, y recibe en sí lo que se da á los miserables? ¿Buscamos acaso otro

pagador más rico ó más fiel? ¿Qué se puede pensar más suave ó más benigno que nuestro Dios, quien habiéndonos dado todo lo que tenemos, si alguno, obediéndole, diere algo al pobre por su divino amor, él mismo se hace deudor, y quiere que se repute por dado á su Majestad lo que de los bienes que son suyos damos nosotros á un hermano nuestro? ¿Y qué cosa puede haber más dura, cruel é ingrata que nosotros, que rehusamos dar, mandándolo su Majestad, de lo mismo que para este efecto depositó en nuestro poder, y más cuando nos propone tan grandes premios si lo hacemos, y nos amenaza de lo contrario con tan ciertos castigos? No puede haber mayor necedad que el proceder así, ni ceguedad más grande que precipitarnos á un castigo seguro por abrazar con tanto apego las cosas perecederas y expuestas á mil casos.

Fuera de esto, si socorriéramos á los pobres con prontitud y á tiempo, sin duda se seguiria el grande y público bien de que con la condicion y estado de sus cosas mudáran ellos sus costumbres; pero en el día dejamos á los mendigos que se pudran en su necesidad; pues ¿qué pueden sacar ellos de sus inmundas miserias, sino todos los vicios que ya hemos referido? Por eso sus culpas son miserias humanas, y de algun modo necesarias, pero las nuestras son voluntarias, libres y casi diabólicas, porque ¿qué es en una ciudad cristiana, en donde se lee diariamente el Evangelio, esto es, el libro de la vida, y en él, como único precepto, la caridad, vivir de tan diverso modo del que allí se prescribe? No dudo decir que no aprobarian nuestro modo de portarnos los gentiles mismos, algo más cuerdos, y que de las ciudades de la gentilidad parece que no hemos mudado más que el nombre, y ¡ojalá que no háyamos aumentado los vicios! Oímos á la Sagrada Escritura, que dice: «Haced bien, y rogad á Dios por los que os persiguen é impugnan»; y nosotros, que podemos y debemos aprovechar á nuestros ciudadanos, miramos como gravoso decir una palabra á su favor, y áun tenemos á ménos el hablarles. Sócrates, que era un hombre gentil, pospuestos sus particulares negocios, y á pesar de la contradiccion y envidia de muchos, andaba por toda la ciudad enseñando, amonestando y exhortando á todos y cada uno de por sí, entregado siempre é insistiendo sin cesar en el cuidado de hacer mejores á sus ciudadanos. No quiero repetir ahora las peregrinaciones de los apóstoles y tantos trabajos como pasaron; baste la vida y operaciones de un gentil para que se avergüencen los cristianos. Nos dice Cristo: «El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene»; pero no ves al presente qué enorme es la desigualdad! Tú no puedes ir vestido sino de seda, y á otro le falta áun un pedazo de jerga con que cubrirse; son groseras para tí las pieles del carnero, oveja ó cordero, y te abrigas con las finas de ciervo, leopardo ó raton del Ponto, y tu prójimo tiembla de frio, encogido hasta el medio cuerpo por el rigor del invierno. ¿Tú, cargado de oro y de piedras preciosas, no salvarás siquiera con un real la vida del pobre? A tí, por estar ya tan hartó, te dan fastidio y ganas de vomitar los capones, perdices y otros manjares muy delicados y de grandísimo precio, y á tu hermano le falta hasta un pan de salvado con que sus-

tentarse, desfallecido é inválido, y con que mantener á su pobre mujer y niños tierneccillos, y echas tú mejor pan á tus perros. ¡No te remuerde é incomoda entre tanto la memoria de aquel rico, lleno de ostentacion, que se vestia de púrpura y lino finísimo, y comia todos los días espléndidamente, y la del pobre mendigo Lázaro!

No bastan para tí las casas en que hubieran cabido las comitivas de los antiguos reyes, y tu pobre hermano no tiene en donde recogerse por la noche á descansar, y estás sin temor de que te digan algun dia con severidad aquello del Evangelio: «Hijo, tú has recibido ya tus bienes en esta vida»; y aquella tremenda detestacion del Señor: «Ricos, ¡ay de vosotros, que tenéis aquí vuestros consuelos!» Cuando no tiene limites el amontonar y atesorar para las enfermedades y vejez, ¡oh, á qué oídos tan sordos se cantan aquellas sentencias: «No estéis ansiosos del día de mañana; levantad los ojos, mirad las aves del cielo y los lirios del campo, á quienes, sin cuidado alguno suyo, mantiene y aumenta el Padre celestial!» ¿Por ventura todas estas riquezas y cosas atesoradas no están expuestas á muchas contingencias? Nada aprovecha al hombre adquirir y guardar contra la voluntad de Dios, en cuya mano omnipotente están todos los sucesos. ¿A cuántos, de muy ricos, hizo pobres repentinamente una chispa de fuego no advertida, ó un poco de estopa en una nave, ó una avenida del río ó del mar, ó la malicia del hombre, ó una palabrilla denigrativa y calumniosa? ¿Qué es esto? ¿Acaso no viven y se conservan sanos los pobres sin tantas cosas, y los ricos con ellas enferman y se mueren? ¿Qué locura tan grande es pensar que consiste la vida en solo el dinero y el pan! De ningun modo deberiamos ser ignorantes en esto los que oímos tantas veces: «No vive el hombre con pan solo, sino con la palabra y voluntad de Dios.» Y en otra parte: «No consiste la vida del hombre en la abundancia de lo que posee.» ¿Qué cosa más clara contra el vano esfuerzo y ánsia de amontonar, que la insinuada palabra del rico avariento? Las rentas aumentadas extremadamente le habian producido en su aprension tan gran seguridad de vivir, que se decia á sí mismo: «Alma mia, come, bebe, goza de tus bienes, pues tienes muchos prevenidos para muchos años.» Pero en aquella misma noche oyó lo que á cada uno de nosotros se dirá tambien en medio de los proyectos de sus riquezas y haciendas: «Necio, esta noche morirás, espirarás, exhalarás el alma; tanto como has atesorado, ¿para quién será?

Despues que hemos oido esto de la boca misma de la sabiduría de Dios, no es lícito mendigar ejemplos de las letras profanas, que refieren haber muerto muchos en el primer establecimiento de los aumentos de su hacienda, cuando resolvian ya echar á un lado sus cuidados, gozar de lo adquirido, y pasar en adelante una vida suave y descansada; de modo que se verifica no verse otra cosa más frecuente en las repúblicas que trabajar los hombres para morir ricos, no para vivir; por otra parte, si estas riquezas se juntan y atesoran para la vejez y enfermedades, ¿á qué fin tanto exceso en el vestido y manjares? ¿A qué fin esa muchedumbre de criados y favorecidos, que viven ociosos en con-

fianza de tus haberes? ¿Para qué tantos perros, azores, gavilanes, monas, mesas de juego y truhanes? Nada se niega, si lo pide alguno con recomendacion de un rico. En fatuos y bufones cuánto caudal se consume! Para dar á éstos no ponemos límites (lastimosa materia, en que deliran altamente ahora los españoles), ¿y á honra y gloria de Dios nada se ha de hacer? Con la costumbre de los vicios se nos ha hecho tal callo, que ya no sentimos unas cosas que nos dañan en tan gran manera; á semejantes ricos acaece muchas veces lo que dice el Sabio: «El que calumnia al pobre por aumentar riquezas, tendrá la pena de dárselas á quien es más rico que él, y llegará á ser necesitado.»

Pero para que nadie retire su mano de socorrer al pobre, ó lo haga con cortejad por miedo de que á él le falte, oigamos á Salomon: «El que da al pobre, no se verá en necesidad; el que despide con desden ó desprecio al necesitado, sufrirá la penuria.» Y oigamos tambien á san Pablo, que confirma de este mismo modo á los corintios en dar limosna: «Poderoso es Dios para aumentar en vosotros todo género de gracia; esto es, para que tengais con qué ejercitar vuestra misericordia; y teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, nada os falte con abundancia para toda obra buena y benéfica, como está escrito: Repartió, dió á los pobres, y su justicia permanecerá por los siglos de los siglos; quiere decir, que la caridad, misericordia y beneficencia no perece, sino que, á manera de la semilla que se echa en la tierra, produce frutos abundantísimos, y conseguirá las alabanzas de los hombres y el premio de Dios; el que da la semilla al que siembra, esto es, el que os da con qué socorrer á los pobres, dará tambien pan para comer, y multiplicará vuestras simientes, y aumentará el incremento y multiplicacion de las mieses de vuestro justo modo de obrar, para que, enriquecidos en todas las cosas, tengais con abundancia todo género de sencillez y sinceridad de corazón ó liberal voluntad de hacer limosna, que es la que produce en nosotros y por nosotros la accion de gracias á Dios, porque por ella las damos á su Majestad; pues el ministerio de este oficio y cargo, esto es, el dar limosna, no sólo suple lo que falta á los cristianos, sino que lo aumenta con abundancia por medio de las acciones de gracias que se hacen al Señor.» Así san Pablo conviene, á saber, que la oracion y accion de gracias que se hace á Dios por la limosna que se ha dado, alcanza de su Majestad los aumentos de aquellos mismos bienes de que hemos dado limosna.

¿Y acaso consta esto por dichos y amonestaciones solamente, y no por ejemplos? En el libro III *De los reyes ó de los reinos* leemos que habia en la poblacion de los sidonios una viuda que tenia en su casa tan poca harina como puede caber en un puño, y unas pocas gotas de aceite; habiendo salido la pobre á traer leña, llevaba á su casa dos leños con que cocer una torta para sí y su pequeño hijo; acabado lo cual, habian de morir precisamente, porque habia una hambre atrozísima en Israel; ocurrió entónces Elms, y pidió aquello de limosna, prometiendo á la viuda que ni á ella ni á su hijo habia de faltar qué comer en adelante; creyó la mujer al profeta, y le dió cuanto tenía; pero despues, ni á

la vasija que tenía con harina le faltó ésta, ni á la que tenía con aceite se le disminuyó este licor hasta el día en que el Señor tuvo misericordia de su pueblo. ¡Qué ejemplo! Anda con esto, y da con temor lo que has de recibir con tantas creces aún en los bienes de esta vida.

Pero dirá alguno que él pone su atención en su posteridad y descendencia; mas valga la razón: siendo la posteridad, como es, un infinito, ¿qué límites puede tener el amontonar? ¿Qué es esto que haces? ¿no quieres dejar cuidado alguno á tus descendientes? ¿Nada les quieres dejar que hacer ni en que ejercitarse? Verdaderamente que te portas muy mal, mirando sólo por ellos, y no rehusando tú vivir miserablemente y aún mal, por causa de unos que ignoras cómo serán; oye al sapientísimo de los reyes, que dice: «Más de una vez he detestado y abominado la industria y solicitud con que trabajé acá abajo cuidadosísimamente, habiendo de tener después un heredero, de quien ignoro si será sabio ó necio, y se hará dueño y disfrutará los trabajos en que yo sudé y anduve ansioso. ¿Hay cosa alguna que pueda ser tan vana? Por lo mismo dejé la fatiga, y mi corazón renunció para en adelante de todo nimio trabajo sobre la tierra, porque trabajando uno con sabiduría y solicitud, deja para un ocioso lo que había adquirido.» Hasta aquí Salomón; pero nosotros somos tan ciegos, que no nos damos por entendidos con los ejemplos que se presentan á nuestros ojos cada día; antes sí apartamos de ellos la consideración, pensando erradamente que no estamos comprendidos en la condición común de los demás hombres, siendo nosotros hombres como ellos.

Unos hay que cuando menos se piensa, les quita Dios los hijos, para quienes habían amontonado grandes riquezas, y se verifica lo que leemos en el salmo XLVIII: «Dejarán sus riquezas para los extraños, y no tendrán ellos otras cosas que sus sepulcros; en su errado juicio durarán sus edificios de generación en generación: pusieron sus nombres á la frente de sus tierras.» Hay otros, cuyas riquezas no llegan á segundo heredero, porque se corrompió la índole y costumbres de los hijos con la esperanza de la herencia ó con la blandura é indulgencia de los mismos padres, y también porque no sabe conservar el que no trabajó para adquirir. Otros hay, cuyos hijos hubieran sido óptimos sin riquezas, y con ellas son pésimos, de modo que parece que no les dejó otra cosa que un instrumento de torpezas y maldades el padre que procuró por todos los medios enriquecer á sus hijos; y también porque viendo los hijos que su padre tiene á todo en menos que las riquezas, tienen igualmente ellos en menos que á las riquezas á su mismo padre; pena justísima del talon, que permite Dios suceda para nuestra enseñanza.

Dejarás muy ricos á tus hijos si los dejas instruidos en una honesta facultad ú oficio, y con honestas costumbres; no les enseñes «que hacienda en todo caso, hacienda, ó que la hacienda, de cualquier modo adquirida es hacienda; porque serás tú el primero en quien harán experiencia de la fuerza de tal precepto ó documento. ¿Quieres oír cuáles son las verdaderas riquezas, y los mandatos que debe dejar á sus hijos un padre en

los últimos instantes de su vida? Pues oye al santo Tobias, que, cercano á su muerte, habla de este modo: «Oid, hijos míos, á vuestro padre; servid con verdad al Señor, y procurad saber lo que le es agradable, para ejecutarlo; mandad á vuestros hijos que hagan obras justas y den limosnas, que se acuerden de Dios y le bendigan en todo tiempo con verdad y con todas sus fuerzas.» Asimismo todo el capítulo IV de este mismo libro de Tobias está lleno de preceptos, con que conviene que un padre enriquezca á sus hijos, no con el oro ó la plata; antigua sentencia ó proverbio es, que «al avariento guardador sucede un heredero gastador»; y también que «ni al heredero bueno le hace falta el dinero, ni al malo, porque aquel lo adquirirá fácilmente, y éste lo desperdiciará al punto.» Por cierto que juzgarías dejar muy ricos á tus hijos si hubieras logrado con tus diligencias que un príncipe quedase por tutor, patrono y como padre de ellos; pues si tienes fe, debes creer por cierto que si fueres bueno y misericordioso, dejas á Dios por padre de tus hijos. «La generación de los buenos, dice su Majestad, será bendita.» Y en otro lugar: «El que vive como verdadero justo é irreprochable, dejará hijos felices y venturosos.» Y es que el mismo Señor es el que perdona al pueblo de Israel por sus mayores Abraham, Isaac y Jacob, y el que visita ó castiga la maldad de los padres que le ofendieron, en sus mismos hijos hasta la tercera y cuarta generación, y usa de misericordia hasta mil generaciones, ó siempre y sin fin, con los que le aman y guardan sus preceptos. «Más vale morir sin hijos, dice el sabio Sirach, que dejar hijos impíos y malvados.»

Voy á decir una cosa, acaso de poca aceptación para el vulgo, pero en mi sentir muy verdadera; es á saber: que los padres que habiendo experimentado el mal genio é inclinación de sus hijos, y que con el dinero se les corrompe como con un veneno, hacen muy mal en dejarles las muchas riquezas, porque esto es lo mismo que dejarles la más cierta materia y cebo de los vicios, y porque semejantes riquezas se quitan á los buenos, que saben el uso que debe hacerse de ellas, y se dan á los malos, que habiendo conseguido de este modo el medio ó instrumento de sus maldades, se hacen peores con ellas; y si algún rico quiere acertar en las miras que tiene por el bien de un hijo que le sale malo, créame, tome mi consejo: deposite su dinero en manos de varones de conocida fidelidad, para que éstos le entreguen el depósito si mudáre de vida y se portáre bien y cristianamente; pero si perseveráre y se obstináre en su malicia y delitos, lo repartan de limosna á los pobres que sean buenos, ó por mejor decir, se les restituya á los pobres aquel dinero, porque se les debe, y más es restitución que liberalidad; oigamos ya á un hombre profeta y anciano: «Fui joven y envejecí, y nunca jamás vi en mis días á un justo desamparado, ni á sus hijos pedir limosna; continuamente hace caridad y presta sin interés, y su descendencia será bendita.»

Tú te ocupas en cuidar diligentemente, al presente y para lo venidero, de los cuerpos de tus hijos, y vendría con mucha mayor diligencia cuidases de lo que toca á sus almas, á ejemplo del santo y prudente Job, que ofrecía á Dios sacrificio por cada uno de sus hijos,

para que se purgasen por medio de la religiosa acción del padre, si por desgracia habían pecado ó no habían dado al Señor la bendición que se le debe; pues mira: la limosna es un sacrificio y acción religiosa muy verdadera y muy agradable á Dios, y de ella se escribe en las divinas letras: «La agua apaga al fuego que arde, la limosna resiste á los pecados, y Dios pone sus ojos misericordiosos sobre el que la hace.» ¡Cuán grande riqueza es, aun entre los hombres, el ser hijo de un buen padre! No hay necesidad alguna de traer para esto ejemplos antiguos, que son innumerables los que se hallan en los escritores de todas las naciones; todos los días vemos que muchos, aunque indignos por sí mismos, son ascendidos á grandes riquezas y honras por sólo la memoria de la virtud de sus padres, y siendo así que mirando á esos hijos sin ese respeto, los despreciamos, los veneramos mirando á su padre en ellos, no á ellos mismos; de aquí nace el verdadero decoro de la nobleza, pero tus sepulcros ó panteones, altares, sagrados ornamentos, misas y salmos, son abominación delante de Dios cuando le levantas un templo con piedras muertas, y dejas que se caigan, se arruinen y perezcan sus templos vivos; no mira Dios las dádivas y dones magníficos, sino la alma pura y conciencia immaculada; verdad es ésta conocida por los mismos gentiles, y enseñada por Platon, Jenofonte, Cicerón y Seneca; pues; cuánto más sabida debe ser de los cristianos, que no tienen absoluta necesidad de templo alguno, debiendo adorar en espíritu y verdad al Padre de las luces, cuyo templo es todo el mundo, pero más particularmente las almas puras, de quienes dice el Apóstol: «Santo es el templo de Dios, y vosotros sois ese gran templo»?

¡Para qué he de decir, finalmente, que con estas cosas ostentosas más se busca cierta fama y vanagloria que el culto de Dios, como lo muestra bien claramente ver puesto en todas partes el nombre de quien las costeó, y sus armas y escudos grabados á cada paso? Y qué es lo que hace allí el oro? ¿Acaso piensa que Dios es un niño que se va deslumbrado y como encantado detrás del resplandor del oro, ó un avariento que se deja arrebatar de su posesión, ó un hombre que deja cautivarse de su uso? Y si en esas obras que dispones tienes por mira y fin la gloria y fama, debes advertir que la gloria para el que vive es pesada si la apetece; si no la apetece, inútil; pero al muerto siempre le es superflua, porque serán tan grandes los gozos ó tormentos en que estará, que nuestras voces y aclamaciones mundanas, aunque llegáran á él, no serian capaces de moverlo ni darle satisfacción. ¿Qué le aprovecha á Aquiles la *Iliada* tan decantada de Homero? ¿Qué á Ulises la *Odisea*, ni ambas obras á su autor? ¿De qué le sirven á Alejandro tantas Alejandrías por el Oriente? ¿De qué á los condes de Flándes las doradas estatuas puestas en las Casas Consistoriales? Porque, dejando aparte lo caducas que son todas estas obras, y cuán breve han de perecer, son siempre pocos los que las miran, menos los que se paran á considerarlas, casi ninguno de éstos pregunta por los sujetos á quienes representan, ni las hazañas de esas personas á quienes han puesto aquellos monumentos, y aunque pregunte,

V. F.

no hace gran caso de ellos; pero si se busca la verdadera gloria, ¿en dónde se ha de hallar mayor que haciendo bien, aprovechando y ayudando á muchos? Este era, entre los antiguos, el único camino para la inmortalidad, como dejamos expuesto arriba; dioses llamaron á los bienhechores; Dios es, dice Plinio, el mortal que ayuda al mortal, ni hay entre todas las virtudes otra más agradable y plausible que la liberalidad y munificencia, pues hubo muchos que por sola ella consiguieron grandes reinos; mas sobre todo, cada uno de los hombres debe reputar por buena, verdadera y grande gloria, la de tener paz con su conciencia cuando le llegue la muerte, y ser bien recibido de Dios, logrando por esta causa y buenas obras la eterna bienaventuranza.

Que lo que da Dios á cada uno, no se lo da para él solo.

Decía el filósofo Platon que serian felices las repúblicas si se quitasen de entre los hombres aquellas dos palabras *mío* y *tuyo*; porque ¿cuántas tragedias excitan entre nosotros? ¿Con qué clamores no se entonan aquellas expresiones y frases: «Yo di lo que era mío, él me quitó lo que es mío, nadie llegue á lo que es mío, no he tocado lo que es tuyo, guarda lo que sea tuyo, conténtate con ello»? Como si hubiera algún hombre que poseyera algo que con razón pueda llamar suyo. Aun la virtud misma la ha recibido de Dios, que nos lo ha dado todo á unos por causa de otros. Primeramente la naturaleza, por la cual quiero que se entienda á Dios, porque no es ella otra cosa que la voluntad y mandamiento del Señor, ¿cuántas utilidades nos ha producido y produce, ya para comer, de yerbas, raíces, frutos, mieses, ganados, peces, todo en común; ya para vestir, de pieles y lanas? También maderas y metales, y las comodidades que se nos derivan de los animales, como perros, caballos, bueyes; finalmente, cuantas cosas dió á luz, las expuso en esta gran casa del orbe, sin cerrarlas con valla ó puerta alguna, para que fuesen comunes á todos los que engendró. Dime ahora tú, que te has alzado con algo ó con mucho, si eres más hijo de la naturaleza que yo. Si no lo eres, ¿por qué me excluyes, como si fueras tú hijo legítimo de la naturaleza, y yo un bastardo? Pero respondes: yo empleé mi trabajo y mi industria, no me impidan el poseer, que yo haré lo mismo; luego hacemos propio por nuestra malignidad lo que la liberal naturaleza hizo común á todos; lo que ésta puso á la vista y disposición de todos nosotros lo apartamos, escondemos, cerramos, lo defendemos de otros, y los apartamos de ello con los postes, paredes, cerraduras, hierro, armas, y en fin, con las leyes; y así, nuestra avaricia y malignidad ha inducido carestía y hambre en la abundancia de la naturaleza, y pone pobreza en las riquezas de Dios; ya casi hizo nuestra malicia que no se pueda decir de Dios con verdad: «Abres, Señor, tu mano, y llenas á todo animal de bendiciones.» No se puede contar el número de los que tres años há murieron de hambre en la Andalucía, que vivieran aún si estuviéramos tan prontos á dar socorros como á pedirlos, ó si nos moviese siquiera la liberalidad de las bestias y su género de sentido, más acomodado á la naturaleza que el nues-